

*Plaza pública*

para la edición del 30 de marzo de 1995

## Planeación

Miguel Ángel Granados Chapa

Abel Quezada se burló con su lápiz magistral, de los planeadores. Los representaba planos y voladores, en una metáfora visual que los acusaba de varios defectos a la vez: de no profundizar, de no tener los pies sobre la tierra y, eventualmente, hasta de cobrar sin trabajar (pues tal es la acepción mexicana de los aviadores). Y es que la planeación no ha tenido buena fama en nuestro país. Y su desprestigio no ha sido gratuito, pues ha sido una técnica que rinde magros resultados.

La primera ley de planeación se expidió en 1930, montada sobre la ola de esperanzas que despertó el dirigismo económico concretado en la todavía flamante Unión Soviética, en contraste con el *crack* de 1929, que era considerado como la muerte natural de la economía de mercado. Pero, en el surrealismo mexicano, la primera aplicación de esa ley no la realizó el gobierno (que, la verdad, estaba muy ocupado en sobrevivirse a sí mismo) sino el Partido Nacional Revolucionario, que poco antes de lanzar la candidatura de Cárdenas formuló en 1934 el Plan Sexenal (cuya única huella hoy es el nombre de un popular campo deportivo en el barrio de Popotla).

Más recientemente, volvió a ponerse en boga la planeación cuando el PRI decidió elaborar en 1975 el

Pero el riesgo de que la obra sirva de pábulo a la crítica dolosa contra el PRD es menor que el beneficio que ese partido puede obtener de verse en el espejo.

El mirador en que se instaló Aguilar Zínser para su observación favorecerá el logro de ese objetivo, porque el rigor de su escrutinio está matizado y hasta endulzado por su admiración por el candidato presidencial al que sirvió (y al que sirve con este examen) y por los honestos militantes cardenistas en todo el país, que se encontrarán justa y felizmente retratados en estas páginas.